

El desierto de los tártaros

Dino Buzzati

El teniente Giovanni Drogo espera momentos de gloria militar y de heroicidades en una fortaleza alejada de todo y en medio del desierto. Acaba de terminar la carrera militar y es su primer destino (entonces no sabemos que será su único destino). Imagina que, tras la victoria sobre los enemigos, conseguirá el orgullo de la victoria, pero los enemigos no llegan. Espejismos alguna vez pero no llegan. Como señala Jorge Luis Borges estamos ante el relato de la postergación. El protagonista espera un acontecimiento que otorgue sentido a su vida en la fortaleza. Pero no sucede nada. La muralla, la disciplina militar y el sonido del agua en su habitación por la noche, eso es todo. Nunca llega el enemigo pero los centinelas se esmeran en la vigilancia del asentamiento militar.

La frustración y el vacío asoman por todos los lados. Drogo que llegó con ilusión y proyectos a su primer destino y que quiso abandonar rápidamente; al principio, los demás le dan razones para seguir y luego, los pretextos se los da el mismo. En marcados tiempos, vamos conociendo cómo el teniente Drogo se va dando plazos para dejar este destino, siempre en la espera de que suceda algo; el oficial va dilatando la espera y consume la vida de esta manera; hasta que llega la enfermedad y la muerte. Y entonces poco se puede hacer.

La fortaleza se erige fantasmal en medio del desierto. Los lectores asistimos al desencanto de este soldado, que se separa de su madre, convencido de que le llegará la posibilidad de encontrarse con el enemigo y de vencerlo. Asunto, reiterado una y otra vez, cuyo desarrollo infructuoso aboca a la desesperación. Esta fortaleza ubicada en un desierto de límites imprecisos nos coloca ante claves simbólicas que hizo que en la sesión del club interviniésemos de forma viva; de ningún modo, pudimos dejar de opinar: algunos rechazaban el texto como deprimente y otros, expresaban entusiasmo. Sin embargo, todos los lectores coincidimos en que "hay que ir más allá del desierto y de la fortaleza."

La rutina del cuartel se ve alterada con alarmas como: la mancha en el desierto - el temor de que sea la carretera que está haciendo el enemigo; la llegada a las murallas de un caballo sin jinete; el centinela que dispara al no recibir la contraseña. La sinrazón de un mundo doblegado por la disciplina y repleto de leyes absurdas. El reglamento militar "para nada" de esta fortaleza; la inutilidad de la muerte del soldado Lazzari. El interés que genera la novela está perfectamente dosificado. Muestra de ello son los sucesos que acabo de citar.

Contribuye a este edificio narrativo de cierto suspense, el carácter incombustible de Drogo quien a pesar de tocar con la punta de los dedos el horror de la nada, recupera -para no sucumbir ante el vacío- una y otra vez, una suerte de renovadas ilusiones bélicas cuyo referente máximo es la espera de que lleguen los enemigos del Norte-. Drogo resiste férreo y disciplinado. A lo largo de la narración, poco a poco, perderá la esperanza hasta que llega a decir "ahora la carretera está abandonada, del norte ya no vendrá nadie".

Finalmente la erosión mental del paso de los años llega a hacer mella en el ánimo del teniente y además aparece la enfermedad, y entonces Drogo casi desea que la carretera siga desierta y que de los enemigos no llegue ninguna señal. Estamos en la parte final de la narración, lo que de verdad llega es la muerte para el teniente Drogo.

Buzzati con esta gran metáfora plantea una profunda reflexión sobre la vida y los efectos depredadores del tiempo sobre los sueños y proyectos de juventud. Los bárbaros no llegan. Sólo llega la inmensa soledad del teniente Drogo en la persistente oscuridad que cada noche lo asusta.

A todos nosotros, nos pareció un libro que no deja impasible a nadie. La mirada se ponía sobre el sentido último del texto: Novela de la inutilidad, novela de la postergación -como dice Jorge Luis Borges.

La novela va más allá y cobra relieve la profunda frustración del teniente Drogo que permanece pasivo y busca pretextos para la supervivencia personal. La frustración sella el tono narrativo y contamina el ánimo del lector.

¿Se puede hacer algo diferente? Los miembros del club de lectura conseguimos sobrevivir formulando comentarios como "no queda otra", "no es para tanto", "quizá se volvió loco".

Al salir a la calle, en la puerta del instituto, renovados (por el aire fresco) los ánimos, alguien propuso traer un café con leche para la lectura del próximo día.

Fe González